

»ni mas ni menos que la que le agrade que tenga. No me  
 »he alterado ni por las censuras ni por los vituperios que  
 »dicen contra mí (1). Sé que delante de Dios no tengo fal-  
 »ta en esto; quisiera, sin embargo, ganar la voluntad de  
 »estos señores en favor de mi ministerio, pero si no lo  
 »puedo conseguir no dejaré de caminar á pesar de la  
 »buena ó mala reputacion, pues siempre tendré mas de la  
 »que merezco.....» «He entregado á la Providencia todos es-  
 »tos vientos desencadenados, escribe á la Madre Chantal,  
 »para que soplen ó se calmen, y quiero lo que Dios quie-  
 »re, y de este modo la calma y la tempestad me son indi-  
 »ferentes. *Bienaventurados sois cuando los hombres dicen*  
 »*mintiendo toda suerte de mal contra vosotros por mí* (2).  
 »Si el mundo no tuviera que decir de nosotros, no seria-  
 »mos siervos de Dios. He recomendado este negocio á la  
 »Santísima Virgen, y he resuelto dejarlo en su seno. Opo-  
 »niéndose á las olas solo se coge la espuma. No seais tan  
 »tierna conmigo; es preciso querer que me censuren; si no  
 »lo merezco por una cosa, lo merezco por otra. ¿Acaso ha-  
 »bria yo de querer estar solo en el mundo exento de opro-  
 »bio? Hay amor propio en querer que todo el mundo nos  
 »ame y todo redunde en nuestra gloria.»

(1) Carta CDXXXI.

(2) Carta CDLXXXVI.

## CAPITULO VIII.

Francisco envia á su hermano á Turin de primer limosnero de la Princesa del Piamonte, y predica el Adviento en Annecy.—Ultrajes que le hacen.—Da unas constituciones á los ermitaños del monte Voiron.—Gracias extraordinarias y milagros.—Desprecio de los honores.—Su dolor al saber la defeccion de uno de sus amigos.—Viajes á la Abadía del Sixt y santa muerte del Abad.

(Años 1619 y 1620.)

Como Francisco no habia aceptado el cargo de gran limosnero de la Princesa del Piamonte, sino con la condicion de que residiria siempre en su diócesis, la Princesa le pidió, para que le reemplazase con el título de primer limosnero, al canónigo Juan Francisco, su hermano y vicario general. El santo Obispo, considerando á su hermano mas á propósito que él para vivir en la corte, accedió con gusto á esta proposicion, y Juan Francisco partió para Turin. Se condujo allí con tanto juicio y discrecion y se hizo amar tanto de todos, que al cabo de dos meses de servicio, el Duque de Saboya pidió para él al Papa la coadjutoría de Ginebra, queriendo así á la vez recompensar su mérito, aliviar á su santo hermano y honrar á la Princesa, á la que correspondia tener por primer limosnero á un Obispo (1).

Esta noticia llenó de gozo el corazon paternal del santo Obispo de Ginebra, y se apresuró á dar gracias al Duque de Saboya y á la Princesa del Piamonte, en unas cartas que respiran la mas plena adhesion (2).

Durante este tiempo, siempre ocupado de la salvacion de su pueblo, el santo Obispo esplicaba todos los domingos en su catedral los Mandamientos de la ley de Dios.

(1) Carta CDXCV.

(2) Cartas DXII y DXXII.

Habia empezado estas instrucciones catequísticas el primer domingo de Adviento, y las continuó hasta después de Pascua con satisfacción universal. «Predico aquí, escribe á la santa Madre Chantal (1), los Mandamientos de la ley de Dios que han deseado oír de mi boca, y soy maravillosamente escuchado; pero también predico con todo mi corazón, y este corazón, os lo diré, Dios le favorece mucho, dándole un grande amor á las máximas del cristianismo, como consecuencia de las luces que me da sobre su belleza, y del amor que todos los santos le tienen en el cielo, donde me parece que se canta con una alegría incomparable: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*» (2)

Francisco sobresalía más aún en la práctica de los mandamientos de Dios que en la explicación de ellos. Un caballero joven, cansado del celo del santo prelado que reprendía sus desórdenes, resolvió vengarse; y renovando el espectáculo ya en otra ocasión dado, reunió bajo las ventanas del palacio á varios insolentes, con cuernos de caza y una porción de perros para hacer ruido toda la noche.

Los hermanos del Obispo, indignados de este ultraje, querían salir armados contra aquellos jóvenes aturridos y dispersarlos, pero Francisco se opuso á ello con todo el poder de su autoridad, alegando que valía más aparentar que no se les oía, pues no se les podía dar una mortificación más sensible que la del silencio, y que además al día siguiente tendrían más mal del que ellos pudieran hacerle. En efecto, el joven tuvo una enfermedad mortal, durante la cual el santo Obispo le visitó con mucha caridad, y sus compañeros de desórdenes fueron todos atacados de pulmonías ú otras enfermedades, que no permitieron dejar de conocer claramente la mano de Dios que los castigaba (3).

Al mismo tiempo que el santo Obispo trabajaba con sus

(1) Carta CDLXXXVI.

(2) Matth. V, 3.

(3) De Cambis, t. III, p. 78.

predicaciones y ejemplos en la salvación de los habitantes de Annecy, formaba además las almas á la piedad con sus cartas y escritos.

En este tiempo enviaba á una de sus religiosas, turbada con las calumnias de que era objeto, estas memorables palabras: «Si por medio del abandono en las manos de la Providencia divina os colocais en la indiferencia, tendreis paz; pero el que no puede vivir en paz en este mundo, debe al menos vivir en paciencia.» Entonces también dirigía á la Madre Angélica Arnaud, á Mr. Arnaud, su padre, á la santa Madre de Chantal, al Arzobispo de Bourges, y á varias religiosas de la Visitación, estas piadosas cartas, donde bajo la forma de la más tierna amistad, traza con mano siempre segura las reglas de la perfección; entonces, por último, compuso para los ermitaños del monte Voiron esas bellas constituciones, que le hicieron como el fundador de una nueva congregación.

Este monte célebre, que mira á Ginebra por Levante y á Lausana por Poniente, al lago Lemán por el Norte y al Faucigny por el Mediodía, había sido habitado en otro tiempo por el señor de Laugin, que se había construido allí, para él y un compañero de su soledad, una ermita con una capilla, colocando en ella una imagen de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos. Después de su muerte, algunos piadosos solitarios se habían establecido allí, y no habían cesado de edificar los alrededores hasta el tiempo en que el calvinismo intolerante había ido á lanzarlos de su santo retiro. Los herejes habían demolido la ermita, derribado la capilla, precipitando desde lo alto de la montaña las piedras de la una y de la otra. Después de estos atentados ejecutados fácilmente, trataron de robar la imagen de la Virgen y la campana, que se oía en Ginebra y en Lausana; pero Dios impidió su siniestro designio con un doble milagro, haciendo á la imagen inmóvil á pesar de los esfuerzos que hicieron para arrancarla, y ocultando la campana de sus miradas bajo la nieve, que cayó en abundancia en el mes de agosto.

Mas tarde, habiendo unos santos religiosos vuelto á reedificar la capilla y la ermita, obtuvieron de Roma indulgencias para los que fueran á ella en peregrinacion (1). Las cosas se encontraban en este estado, cuando uno de estos religiosos hizo conocimiento con un hombre notable, Antonio Rigaud, secretario del gobernador de Milán, el cual, despues de haber viajado mucho y tomado una parte activa en el movimiento de los negocios del mundo, queria encerrarse en un retiro para consagrar el resto de sus dias á prepararse para el gran paso á la eternidad. El religioso le espuso la dulzura y la paz de su soledad, donde, sin entregarse á grandes austeridades, se compartia el tiempo entre la oracion, el trabajo y el canto de los salmos. Encantado de un género de vida que parecia corresponder á sus deseos, resolvió dejarlo todo para abrazarlo, y fue á pedir al Obispo de Ginebra permiso para unirse á los ermitaños del monte Voiron. El santo prelado consintió en ello con gusto (2); pero como hasta entonces estos ermitaños no habian tenido mas regla que la que se habian impuesto ellos mismos, creyó deber, para regularizar su establecimiento, darles constituciones canónicas.

Estas constituciones llevan el sello de su autor; se ve en ellas su moderacion, que contemporiza con la debilidad humana; su dulzura, que procura hacer amable la virtud; su sabiduría, que concilia la perfeccion con la discrecion. Fundó la ermita bajo el título de la Visitacion de María, y le dió por patronos: 1.º á los santos que tuvieron parte en este misterio, como son la Santísima Virgen, San José, San Zacarías, Santa Isabel y San Juan Bautista, el patriarca de los ermitaños; 2.º á todos los santos Angeles, sobre todo al coro de los Principados; 3.º á los mas célebres ermitaños, á saber San Pablo, San Antonio y San Hilarion.

Designó por hábito á los ermitaños una sotana blanca

(1) Carlos Aug., p. 532, 533 y sig.

(2) Idem, p. 531.

con su manto hasta la mitad de la pierna, y estableció que llevarian calzado, y la ropa interior de lienzo.

Les prescribió el ayuno en todo el Adviento, en todos los viernes del año, en las vísperas de sus patronos, en el tiempo que hay entre la Asuncion y la Natividad de la Santísima Virgen; la abstinencia de carne los miércoles; la disciplina los viernes durante un *Miserere*, y siempre que hubiesen cometido alguna falta grave.

Todos deberian comer en el refectorio comun; los que supiesen leer rezarian el Oficio mayor, y los demás el Rosario; se tocara á Maitines á las cuatro de la mañana, y si se preveia que habia muchas confesiones que oír, se dirian las Vísperas á las ocho de la noche. Se tendria media hora de meditacion despues de Prima, y otra media despues de Completas. A las seis de la mañana empezarian las Misas, que los hermanos ayudarian por turno. Los sacerdotes celebrarian todos los dias, y los ermitaños que no lo fuesen, comulgarian todos los domingos y dias de fiesta.

Se guardaría un absoluto silencio, y si la caridad obligase á hablar, se velaria para que la lengua no dijese nada que no conviniese. Se acojeria con gran cortesía á los forasteros, tratándolos con mucha bondad.

Se permanecería fielmente en la celda, no saliendo de ella sino por obediencia á la regla, con permiso y por necesidad. Cuando tuviesen que presentarse en el mundo, darian en todas partes buen ejemplo, y al volver darian cuenta de lo que hubiesen hecho. Nunca se iria á pedir fuera, á menos que faltase lo necesario para vivir.

Se obedecería al Superior nombrado por el Obispo, y si hubiera quejas que dar contra su administracion, se recurriria al Obispo.

No se admitiria á nadie entre los ermitaños sino despues de un año de probacion; y para admitir ó despedir á un ermitaño, se necesitaria el consentimiento del Obispo y de todos los hermanos (1).

(1) Carlos Aug., p. 539 y sig.

Estas constituciones, de que solo damos aquí un resumen, fueron leídas y aprobadas en pleno sínodo, y los ermitaños, despues de haberse sometido á ellas gustosos, pronunciaron sus votos de religion. El Obispo encargó á uno de sus Canónigos velase por la observancia de estas reglas, y tuviese siempre la vista fija en esta comunidad para prevenir todo abuso. Él mismo, por su parte, exhortaba de tiempo en tiempo con sus cartas á los ermitaños á que se mantuviesen y creciesen en la perfeccion de su estado. «La caridad de Jesucristo, les escribe, es dulce, condescendiente, sencilla. ¡Dios, que es la caridad misma, os quiere conservar á todos en su santo servicio!.... Cuidará de todos vosotros como podríais desear de un amigo y de un hermano fiel. Permaneced en paz y descansad en esta declaración mia. Armaos de humildad, de paciencia, de dulzura, y cantad alegremente: *Dominus protector vite mee, à quo trepidabo?*» (1)

«El Señor es mi protector, ¿qué podré temer? Permaneced bajo las alas de Nuestra Señora, no temáis nada, y que la paz de Jesucristo, que sobrepaja á todo sentido, guarde vuestros corazones y vuestras almas.» (2)

A medida que Francisco adelantaba en la vida, su santidad parecia mas y mas brillante. Un dia que se preparaba á subir al altar, absorto en su meditacion hasta el punto de olvidar la hora ordinaria de la Misa, uno de sus capellanes fue á avisarle que le estaban esperando. «¡Ah! exclamó con alegría levantándose, voy á recibir á este divino Salvador, voy á recibirle,» y se revistió los ornamentos sagrados manifestando un gozo extraordinario. Interrogado luego por su confesor sobre el motivo de esta alegría: «Es, le contestó, que Dios me ha dado grandes luces sobre la Encarnacion y la Eucaristía, y me ha inundado de tanta abundancia de gracias, que la alegría interior se ha trasmitido al exterior.» Algunos dias des-

(1) Salm. XXVI, 1.

(2) Dep. de Baff.

pues, mientras predicaba en su catedral sobre el amor de Dios, fue de repente rodeado de una luz, que despedia rayos por todas partes alrededor de su cabeza, tanto que apenas se le distinguia (1); cuyo hecho ha sido depuesto bajo juramento por cinco testigos irrecusables. En Premery, cuando volvia de Thonon, donde habia confirmado á mas de quinientas personas, curó á un loco furioso acariciándole dulcemente y tocándole la cabeza (2). En Faucigny devolvió repentinamente la salud con su oracion á un enfermo desahuciado de los médicos (3). En Annecy curó, bendiciéndole, á un desgraciado, de tal suerte atormentado por la rabia y el frenesí, que era preciso tenerle atado de piés y manos (4).

Obtuvo por medio del santo sacrificio, para una señora hacia mucho tiempo estéril, el favor de tener un hijo que heredase el nombre y la fortuna de su padre (5). Libertó á dos mujeres poseidas del demonio (6), y volvió la salud á una enferma con el solo tacto de su roquete, que habia besado en el momento en que se retiraba de su casa (7).

De este modo la veneracion pública crecia siempre, envidiando la Francia á la Saboya un Prelado tan santo, y procurando Luis XIII, como en otro tiempo Enrique IV, atraerle á su reino, confiándole un puesto mas honorífico, rico y menos penoso. La Madre de Chantal, á quien San Vicente de Paul tenia al corriente de los negocios de la corte, le escribia á menudo, y en sus respuestas le decia las disposiciones de su corazon, segun las cuales, desprendido de todo, no queria sino la mayor gloria de Dios. «Que la providencia de Dios, le escribe (8), me haga cambiar de

(1) Carlos Aug., p. 345.

(2) De Cambis, t. III, p. 89.—Carlos Aug., p. 544.

(3) Id., t. III, p. 177.—Carlos Aug., p. 545.

(4) Id., t. III, p. 98.—Carlos Aug., p. 545.

(5) Carlos Aug., p. 546.

(6) Idem, p. 550.

(7) De Cambis, p. 131 y 132.—Carlos Aug., p. 550.

(8) Carta DX.